

¿Qué significaría para el mundo al que servimos que las religiosas viviéramos desde la convicción de que nuestra misión es la llamada al amor?

Tú eres misión:

Escuchar con el oído del corazón

Barbara Ann Mullen, CSJ

Benito de Nursia amonestó a quienes deseaban seguir las huellas de Cristo a estar vigilantes, a escuchar con el oído del corazón. [1] Qué pensamiento tan extraordinario, dejar que el latido de nuestros corazones nos informe de quiénes somos como religiosas en misión y de cómo podemos comprometernos con el mundo de maneras que den vida y esperanza.

Nuestra misión original y principal es ser AMANTES. En el Bautismo, mientras el agua y el aceite se vierten sobre nuestras frentes, el sacerdote o el diácono proclaman: «La comunidad cristiana te recibe con gran alegría. Yo, en su nombre, te signo con la señal de Cristo Salvador». Anthony J. Gittens lo expresó de esta manera: «En virtud del Bautismo, todo el mundo está llamado a SER, se supone que debe SER, capaz de ser misionero». [2] La llamada es a la vez misterio y realidad. Desde el

momento de la bendición bautismal, iniciamos un camino al corazón de Dios, al centro de un amor que tal vez nunca lleguemos a comprender del todo hasta que nos encontremos plegados a la comunión de los santos.

El Cardenal John Henry Newman escribió: «Dios me ha creado para una misión concreta. Me ha confiado una tarea que no ha encomendado a otro». [3] Cuando nos piden que nos identifiquemos, solemos compartir nuestro nombre y congregación. Luego, pasamos rápidamente a nuestra vocación ministerial como enfermeras, educadoras, trabajadoras sociales, abogadas, voluntarias, compañeras de oración jubiladas. Lo que hacemos (nuestro ministerio) se convierte en el identificador, una respuesta automática. ¿Cuándo fue la última vez que se identificó como amante?

La creencia de que «usted ES misión» nos invita a explorar la llamada original de Dios y a descubrir cómo se nos invita a amar en grande en cada etapa de la vida. Una amante responde a esa llamada mientras los oídos de su corazón permanecen sintonizados para escuchar las vibraciones de la invitación de Dios. Además, cada día ofrecemos una respuesta ligeramente diferente a nuestra llamada, en función de la evolución de la vida y de las realidades de la congregación. No elegimos «ser» misión un día y no expresarla al día siguiente. A medida que cambiamos (físicamente, emocionalmente, espiritualmente), somos misión hasta que damos nuestro último aliento. Podríamos decir que cuando nos bautizamos, comenzamos la misión. Durante los años que Dios nos concede, sugiere Gittens, «... nuestra responsabilidad misionera

nos desafía a proclamar la integridad de la Buena Nueva, proclamar la salvación y anunciar el Reino de Dios. Ningún bautizado está exento de esta llamada».

[4] Ser misión implica que, según la edad y la resistencia física, todas están invitadas a participar en experiencias relacionales vivificantes en el mundo.

El Amante Original que nos reclamó desde el principio de los tiempos y llegó a tocar la mente y el corazón con un deseo más profundo de ofrecernos en la vida consagrada no equiparó la misión, la llamada a ser misión, con ningún ministerio de servicio asociado en particular. Es cierto que algún tipo de ministerio sería parte integrante de nuestra vida religiosa. Sin embargo, vivir la misión, la llamada a amar en grande, es lo que somos como religiosas, y no depende de lo que hagamos.

Quizá vivir la misión nos rete a todas a soñar con un espíritu evolutivo, a inclinarnos hacia el corazón de un Dios amoroso y luego salir en espiral hacia el mundo en llamas con una energía renovada.

La misión nos mantiene alerta, animándonos a escanear el horizonte y su cambiante paisaje. Estar alerta también implica vivir

con cierto grado de riesgo, sin saber cómo el llamado nos invitará a una expresión más profunda de la amorosa presencia de Cristo en el mundo cada día. Nuestras vidas consagradas tienen un propósito singular, pero sólo en relación con las demás personas. Nos comprometimos con una congregación. A cambio, ella nos prometió y se comprometió con nosotras apoyando y alentando nuestra vocación y el objetivo común de amar en grande.

Anticipar nuevos horizontes y apoyar a las miembros individuales de nuestras congregaciones en su continuo crecimiento a lo largo de la vida puede ser una parte apasionante de la misión para las líderes. Margaret Wheatley escribe: «Las organizaciones no cambian imponiéndoles un nuevo modelo; no hay una nueva realidad 'ahí fuera' esperando alguna revelación. No hay recetas, fórmulas, listas de comprobación ni consejos que nos ayuden a entender la emergencia. Sólo existe lo que creamos a través del compromiso entre nosotros, con todos los demás y con los acontecimientos». [5] La misión es nueva, diferente y única en función de nuestras circunstancias personales y congregacionales. Nos adaptamos y nos encontramos en nuevos espacios nunca antes

imaginados. Hay fluidez en este horizonte cambiante, la narrativa de la vida congregacional, y también hay potencial de autorrenovación.

Quizá vivir la misión nos rete a todas a soñar con un espíritu evolutivo, a inclinarnos hacia el corazón de un Dios amoroso y luego salir en espiral hacia el mundo en llamas con una energía renovada. Nos comprometemos como podemos, con un compromiso total, de acuerdo con nuestras cambiantes capacidades físicas, emocionales y espirituales, sin intentar aferrarnos al pasado ni lamentar las pérdidas que experimentamos a lo largo de la vida. Iliá Delio, OSF, lo expresa de esta manera: «Si te mantienes fiel a tu misión (y te invito a escuchar tu viaje al corazón de Dios a lo largo de tu vida), cambiarás el mundo que te rodea porque tú cambias en el proceso del camino». [6]

La misión por el Evangelio puede ser diferente a medida que avanzamos por las distintas etapas de nuestras vidas. La disminución del número de fieles, el aumento de la edad media y el menor número de miembros son realidades en nuestras congregaciones. ¿Qué nos conducirá hacia el futuro de modo que seamos testigos en nuestro mundo del amor de Dios siempre presente y

vivo? Puede ser nuestro ejemplo de lo que de significa ser valiente en los tiempos cambiantes de la vida religiosa. Puede ser que dejemos que la llamada original a ser amantes amplíe la capacidad de estar presentes en el aquí y ahora. No podemos permitirnos el lujo de dejar de amar, de dejar de ser el rostro del Dios generoso que nos amó primero. A cualquier edad, reconociendo los cambios personales y colectivos, danzamos con el Sagrado, permitiendo que la música del amor nos guíe hacia adelante. La danza de la misión no tiene fin. Solo cuando demos nuestro último suspiro terrenal comprenderemos plenamente nuestro llamado de por vida a amar profundamente y cómo logramos danzar al ritmo de la canción de la misión.

Amma Synletica de Alejandría advirtió a sus religiosas: «Si te encuentras en un monasterio, no vayas a otro lugar, pues eso te hará mucho daño. Sé pacífica dondequiera que te encuentres, a cualquier edad. Igual que el pájaro que abandona el huevo sobre el que estaba sentado impide que eclosione, la monja o el monje que se enfrían en la fe y la esperanza mueren cuando van de un lugar a otro tratando de encontrar lo que creen que les falta». [7] Aférrate a la esperanza por

el bien del mundo. Anticipar que la novedad está dentro de cada miembro de la congregación y siempre encontrará su camino en el mundo. Escucha con el oído de tu corazón al Corazón de Dios que susurra a tu alma. ¡Y no olvides amar en grande y bailar!

Barbara, Hermana de San José de Charnbery, actualmente es delegada de religiosos en la Arquidiócesis de Hartford, Connecticut, y ofrece servicios de facilitación a comunidades religiosas.

Anticipar que la novedad está dentro de cada miembro de la congregación y siempre encontrará su camino en el mundo.

Barbara Mullen, CSJ: «Vivir en la misión, en la llamada a amar en grande, es lo que somos como mujeres religiosas, y no depende de lo que hagamos».

Notas finales:

- 1- Benito de Nursia OSB (480-547 d.C.), a menudo conocido como san Benito, fue un monje, escritor y teólogo cristiano italiano.
- 2- Gittens, A. J. (2002). *Ministry at the Margins* [Ministerio en los Márgenes]. Orbis Books. (p. 11).
- 3- John Henry Newman (1801-1890) fue un teólogo, académico, erudito y poeta inglés.
- 4- Gittens, A. J. (2002). *Ministry at the Margins* [Ministerio en los Márgenes]. Orbis Books. (p. 12).
- 5- Wheatley, M. (2006). *Leadership and the New Science: Discovering Order in a Chaotic World* [El Liderazgo y la Nueva Ciencia: Descubriendo el Orden en un Mundo Caótico] (3ª ed.). Berrett-Koehler Publishers. (p. 9, introducción).
- 6- Delio, I. (2013). *The Unbearable Wholeness of Being: God, Evolution, and the Power of Love* [La Insoportable Totalidad del Ser: Dios, Evolución y el Poder del Amor] (3ª ed.). Orbis Books.
- 7- Amma Syncletica, «Madre del Desierto», murió a los 80 años, alrededor del año 350 d.C.